

HARVARD STUDIES AND NOTES
IN PHILOLOGY AND LITERATURE

VOLUME XIV

JOSÉ ZORRILLA EN AMÉRICA
DATOS BIOGRÁFICOS

By GUILLERMO RIVERA



CAMBRIDGE
HARVARD UNIVERSITY PRESS

1932

JG - 10390

COPYRIGHT, 1932

BY THE PRESIDENT AND FELLOWS OF
HARVARD COLLEGE

PRINTED AT THE HARVARD UNIVERSITY PRESS

CAMBRIDGE, MASS., U. S. A.

JOSÉ ZORRILLA EN AMÉRICA. DATOS BIOGRÁFICOS

BY GUILLERMO RIVERA

SOBRE la vida de Zorrilla en América han escrito, entre otros, E. Ramírez Ángel, cuya obra *José Zorrilla, biografía anecdótica* fué publicada en Madrid en 1915, y Narciso Alonso Cortés, quien en los años de 1916, 1918 y 1920 publicó en Valladolid un estudio muy completo en tres tomos titulado *Zorrilla, su vida y obras*. Ambos autores confiesan su deuda a los interesantísimos *Recuerdos del tiempo viejo*¹ del protagonista. Declara Zorrilla que, por haber perdido en Méjico unos baúles donde guardaba sus apuntes, escribe sus *Recuerdos* de memoria. Por esto no les ha sido siempre fácil a sus biógrafos precisar el orden cronológico de los sucesos que narra. Para completar los datos suministrados por el poeta conviene consultar diferentes fuentes; sobre su estancia en América, números contemporáneos de periódicos mejicanos y cubanos y alguna que otra obra histórica.²

Aventurero desde sus tiempos de colegio y extremadamente sensible, se hallaba Zorrilla en París en 1854, triste, desesperado por la infeliz vida matrimonial que había llevado,³ sin renta segura, separado de lo pasado, de su patria, familia y antiguos amigos. En una ocasión se extremó su mala suerte hasta verse Zorrilla en las puertas de la misma cárcel donde pasara Balzac algún tiempo. Debía satisfacer un pagaré en favor de su impresor, pero antes de la fecha de su vencimiento prestó casi todo lo que tenía a un empleado de la imprenta, prometiendo éste ocuparse de saldar la deuda de Zorrilla. No cumplió su promesa el deudor del poeta, y un día se presentó un agente exigiendo pago y amenazando a éste con llevarle a la cárcel. De esta dificultad y de su escasez pecuniaria le salvó Bartolomé Muriel. Era Muriel un veracruzano establecido en París a quien Zorrilla había dedicado su extenso poema *Granada*. Había llevado a Zorrilla a su casa. Allí había puesto

¹ Tomos II y III (Madrid, 1882, 1883).

² Una muy interesante y que contiene muchos datos sobre la estancia de Zorrilla en Méjico es la de Enrique Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México* (2da. ed., México, 1895).

³ V. Alonso Cortés, *op. cit.*, II, 335-338.

a su disposición su biblioteca, habitación que Zorrilla describe en la introducción y dedicatoria de *Granada*. Muriel no sólo protegió a Zorrilla en sus dificultades financieras, sino que, pensando que un cambio de ambiente le sería de gran beneficio mental y material, le instó a que hiciera un viaje a Méjico.

A la triste situación de Zorrilla y las instancias de Muriel vino a agregarse un incidente trágico y curioso. Aunque barajaba bien las cartas, Zorrilla no sabía jugar, ni tampoco creía en las supersticiones relacionadas con ellas. Pero por haber escrito un artículo sobre cartomancia y adivinación, le atribuían el arte de tirar las cartas. En una tertulia que frecuentaba Zorrilla, una chilena casada con un inglés le instó a que le dijese la buena ventura. Protestó él, pero se dejó vencer por los ruegos de la chilena. La combinación de siete cartas era de un agüero terrible. Dentro de siete días entraría la justicia en la casa de la señora por una muerte, y se disolvería una familia. Lo raro es que sucedió así en efecto. Pocos días después murió el inglés de una caída al entrar en su casa, y por la ley inglesa su fortuna pasó a manos de una hija que había tenido por nupcias anteriores. La desgracia de aquella mujer que de tal manera perdió su esposo y su fortuna conmovió tanto a Zorrilla que determinó apresurar su viaje a Méjico.

Con muchas cartas de recomendación para personas influyentes de Méjico, salió Zorrilla de París la noche del 28 de noviembre de 1854. Refiere en sus *Recuerdos*¹ que en la estación del ferrocarril le despidió una mujer con una criaturita en los brazos, por quien deseaba trabajar y volver rico de América. Por el desamor con que la menciona, por la falta de interés que hacia ella parece sentir, puede dudarse que fuera aquella mujer la Leila o Beida de varias de sus composiciones de ese tiempo. Su amor por esta niña hermosa de unos quince años llegó a ser una pasión avasalladora que le hizo sufrir.² Los padres de Leila eran antiguos amigos de Zorrilla, y a ella la había conocido él cuando era muy joven en unos exámenes de un colegio de París. No se sabe nada que empañara la pureza de sus relaciones.

La mañana siguiente llegó Zorrilla a Londres. Allí se detuvo sólo el tiempo necesario para obtener su pasaje. La gran metrópoli y sus naturales le causaban antipatía, sentimiento que había sido fomentado siempre por su padre. No dejaba el poeta de admirar ciertas cualidades

¹ V. II, 97.

² V. Zorrilla, *La flor de los recuerdos*, I (México, 1855), 25-26.

en los ingleses, particularmente su mucha puntualidad. De Londres pasó a Southampton, donde había de embarcarse en el *Paraná*. Mientras esperaba la salida del buque se encontró con Tomás Losada, conocidísimo fabricante de relojes, amigo suyo, con el general mejicano García Conde y con el comerciante Ángel Inambelz, quien fué su compañero de camarote.

Muchos fueron los percances que ocurrieron en el viaje a Méjico. El *Paraná* salió con retraso de Southampton porque el Almirantazgo inglés quería enviar tropas en él a la Crimea, lo cual no se hizo porque protestó mucho la compañía de vapores; para ganar tiempo perdido el capitán apresuró la marcha, y tal vez por esto ciertas piezas rotatorias se calentaron tanto que los pasajeros tuvieron que turnarse en refrescar la máquina con agua salada y grasa. Aun así llegaron retrasados a Santo Tomás, donde debían trasbordarse a otro buque que había de llevarlos a la Habana y a Veracruz. Este buque ya había salido. El capitán del *Paraná* por fin convino en llevarlos hasta Jamaica y de allí en el *White*, también llamado *Withe* por Zorrilla y otras veces *Wye*. La máquina de este vapor no funcionaba bien, porque había sido colocada con precipitación en Jamaica, y en la travesía de la Habana a Veracruz se le rompió un émbolo. Con la ayuda de todos los pasajeros, menos las señoras, lograron transformar una columna en émbolo y hacer funcionar la máquina, pero después de navegar algunas millas volvió a romperse el émbolo. Pasado algún tiempo de inactividad y desesperación, fué impelido el buque por un viento favorable y llegó al puerto de su destino.

Otro incidente desagradable en este viaje lo achaca Zorrilla a sus versos, de los que constantemente maldice, culpándolos de muchos de sus infortunios. Una noche él y Francisco Baralt, pariente del muy conocido escritor venezolano Rafael María Baralt, se entretuvieron improvisando versos. Una mañana, poco después, uno de los otros pasajeros se le presentó con el recado de que las señoras querían que les enseñase los versos que había hecho contra ellas. Injustamente acusado, Zorrilla se indignó y viendo entre los que se habían acercado al que, según él creía, los había escuchado a él y a Baralt, lo desafió a un duelo. No llegó a verificarse porque el general García Conde arregló el asunto.

Infortunios y accidentes desagradables, exagerados quizá en la mente del poeta romántico, le habían hecho abandonar su patria, mar-

charse de París, donde vivía su adorada Leila, y viajar a Méjico con esperanzas de pasar mejor vida, de enriquecerse, pero también, como repite muchas veces, de hallar una muerte que diese fin a sus desventuras. En una ocasión, acosado por el hastío, o acaso sólo para sincerarse con Leila, dice:

Es que me aflige la estrechez de Europa,
Es que me hastía su labrado suelo,
Es que me abruma su plumizo cielo
Y amarga me es de su placer la copa.
Es que en París, de la pereza esclavo,
Me revuelvo en un círculo mezquino,
Cual tigre joven, vigoroso y bravo
Preso en la trampa do a enjaularse vino.

¡Leila de mis entrañas! si del mío
Quieres guardar incólume, seguro
El hondo amor y el generoso brío,
Si quieres rodear de eterno muro
El jardín y la flor de mis amores
Y eternizar la flor de tu belleza,
Déjame ir a buscar cielo más puro,
Playas de mejor luz, campos mejores,
Más rica y más feraz naturaleza.

Déjame, Leila, atravesar los mares . . .

Esto es parte de una composición fechada el 25 de noviembre de 1854, tres días antes de partir de París. Se halla en *La flor de los recuerdos*, tomo I, obra que dedica a los mejicanos.

Después de un viaje prolongado y trabajoso desembarcó en Veracruz el 9 de enero de 1855. Fué muy bien recibido, agasajado por amigos y muchas personas que le conocían de nombre, invitado a muchas partes. Ya diez años antes se había representado su drama *Don Juan Tenorio* en el Gran Teatro de Méjico, y el efecto que causó fué indescriptible. El revistero de *El Siglo XIX* dijo: "Alguna vez *Don Juan Tenorio* será citado como un modelo, como una obra admirable del entendimiento humano: la Doña Inés compite en pureza, en atractivo, en poesía, con Margarita y con Ofelia, divinas creaciones de Goethe y de Shakespeare."¹ Su poema *Granada* y otras composiciones eran también muy conocidas.

¹ Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, II, 91.

Los periódicos de la época dieron la noticia de su llegada con todos sus detalles. *El Universal* anunció así su llegada a la ciudad de Méjico:

Ayer, día 14, llegó a esta Capital en la diligencia de Puebla el célebre poeta D. José Zorrilla. Algunos de sus admiradores salieron a recibirle a la Garita de San Lázaro, ansiosos de conocer a una de las más hermosas celebridades literarias de nuestro siglo. Nada tenemos que decir para excitar el entusiasmo de los habitantes de esta Capital y de toda la República. El nombre de Zorrilla llena el mundo, y México se da el parabién de tener en su seno a uno de los genios más brillantes de la época. Veinte años hace que embelesa con sus armoniosos cantos a todos los amigos de lo bello y de lo sublime, y sin embargo, el Sr. Zorrilla es joven; era un niño cuando subió con pasos de gigante hasta las cumbres del Parnaso. Bien venido sea a nuestro país el dulce trovador de la Antigua España, ya que la fortuna ha querido traer a nuestras comarcas al Píndaro de los tiempos modernos.¹

Al llegar a la ciudad de Méjico fué recibido por Anselmo de la Portilla,² Federico Bello³ y José Gómez, Conde de la Cortina y Castro.⁴ Para éste tenía cartas de presentación. El Conde, sin pérdida de tiempo, y para hacerlo conocer a los escritores mejicanos de entonces, dispuso un banquete en el Hotel del Bazar para la noche del 16 del mismo mes de enero, es decir, dos días después de la llegada de Zorrilla a la ciudad. Años después, al escribir sus *Recuerdos*, Zorrilla olvida esta fiesta y confunde su fecha con la de la reinstalación de la Universidad, la cual no se verificó hasta el siete de febrero. Entre los que asistieron al banquete, además de los ya mencionados, se hallaban Casimiro del Collado, santanderino que vivió en Méjico la mayor parte de su vida y que a pesar de sus negocios no descuidaba sus aficiones literarias, imitador de Zorrilla en sus leyendas y orientales, pero muy original en otras formas, llegando a ponerse "al nivel de los primeros líricos españoles," al decir de Menéndez y Pelayo;⁵ el Dr. Sanchiz, médico valenciano que llegó a ser gran amigo y protector de Zorrilla; los poetas mejicanos Francisco Manuel Sánchez de Tagle y José Joa-

¹ Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, II, 263-264.

² Había ido a recibirle en Veracruz cuando desembarcó. Fué autor de *Méjico en 1856-57* (Nueva York, 1858). De él dice Zorrilla en sus *Recuerdos*, II, 144: "... el español más honrado, estudioso y trabajador que pasó a América."

³ Gaditano. También comenta sobre él en los *Recuerdos*: "... el español de más ingenio y de más pereza que allá he conocido." Cultivó las letras.

⁴ Sobre su sabiduría y generosidad, véase *Recuerdos del tiempo viejo*, II, 177-180, y sobre su obra literaria *La flor de los recuerdos*, págs. 472-478.

⁵ *Poetas de Don Casimiro del Collado* (2da. ed., Madrid, 1880), pág. xv.

quín Pesado, acerca de los cuales escribe Zorrilla al Duque de Rivas en su correspondencia sobre la literatura mejicana;¹ José María Roa Bárcena, José María Lacunza, José Sebastián Segura y otros literatos y varios funcionarios del gobierno mejicano.

Durante los postres, y en honor de Zorrilla, recitaron composiciones los poetas Pesado, Lacunza, Segura y Collado; Roa Bárcena y otros brindaron en prosa. La contestación de Zorrilla fué lamentar no haber tenido tiempo de dedicar a Méjico una trabajada composición poética, y dar gracias por la acogida que él consideraba tan superior a sus méritos. Terminó diciendo:

. . . por eso la agradezco tanto más y espero que a mi partida no tendrán que arrepentirse los mejicanos de la benevolencia con que me han recibido. . . Confío en Dios que esta madre adoptiva no se avergonzará jamás de haberme tenido por hijo, y que el recuerdo que de mí le deje le probará que yo tengo en más la reputación de hombre honrado que la vanidad de la gloria mundana.²

Grande era el entusiasmo, y mayor cuando Zorrilla se prestó a leer algunas de sus poesías. Incomparable lector, recitaba "pausada, teatral, levantadamente, alargando las frases y dándoles vuelo amplio de majestad."³ En este banquete encantó y admiró con la lectura de su serenata titulada *A S. M. I. Eugenia, Emperatriz de los franceses*.

Al banquete del Conde de la Cortina siguió cinco días más tarde un almuerzo ofrecido a Zorrilla el domingo 21 de enero por algunos literatos de Méjico. La reunión duró largo tiempo. Recitaron poesías Zorrilla, Segura, Roa Bárcena, Félix María Escalante,⁴ Marcos Arróniz⁴ y Francisco González Bocanegra.⁴ Distinguióse en particular Collado con una composición en trece octavas dedicada a Zorrilla y que puede leerse en la colección de sus poesías ya citada. Los entusiastas amigos del poeta manifestaron el deseo de que quedase en Méjico un retrato suyo pintado por un artista mejicano, y el distinguido pintor Juan Cordero se encargó de ello.

La vida de Zorrilla en Méjico no había de ser, sin embargo, una serie no interrumpida de agasajos, convites, fiestas, lecturas. Ya hemos visto que en su viaje a Veracruz había sido injustamente acusado de

¹ V. *La flor de los recuerdos*, págs. 406-414 y 463-472.

² Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, II, 265.

³ E. Ramírez Ángel, *op. cit.*, pág. 12.

⁴ V. *La flor de los recuerdos*, págs. 491-493 y 505-507.

improvisar versos ofensivos a las señoras que viajaban en el mismo buque. Poco después de su llegada a Méjico le fué necesario defenderse de otra calumnia. Era ésta el resultado de unas quintillas que siete años antes habían sido publicadas errónea o maliciosamente bajo su nombre.

En el álbum de la famosa actriz española Isabel de Luna, y por el año de 1846, Manuel Bretón de los Herreros había escrito unos versos de tono ligero que no agradaron del todo a los mejicanos, pero que no ofendieron a nadie en particular. Entre otras cosas decían:

Cuando con tan poco juicio
y tanta crueldad nos dejas,
Isabel ¿qué beneficio
esperas de un edificio
que se ha quedado sin *tejas*?

Tanto va, y a tus oídos
cuando a aquella playa abordes,
lo dirán hondos gemidos
de los *Estados-discordes*
a los *Estados-Unidos*.

¡Triste gente mejicana
a quien todos arman redes,
ayer rezaste a *Santa-Ana*;
hoy das contra las *paredes*;
¿qué piensas hacer mañana? ¹

Estas y otras estrofas originaron una disputa en verso, en que tomaron parte los poetas mejicanos José Esteva y Guillermo Prieto, y resultado de la cual fué la publicación de unas quintillas muy denigrantes para los mejicanos, especialmente para el general Santa Anna. De las cincuenta y un quintillas tal vez la más ofensiva es la que dice:

Y detesta nuestro trono,
nuestro regio pabellón,
quien tiene por dueño un mono
vestido de Napoleón.

Las quintillas se publicaron en periódicos de la Habana, quizá sin declararse el autor, y luego a fines del año 1848 las copiaron los de Méjico con el título de *Versos del Sr. Zorrilla contra los mexicanos*. *El*

¹ Recuérdese que esto fué escrito después de la guerra con los Estados Unidos. V. Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, II, 105.

parte

Monitor, al insertarlos, dijo: "Por conducto seguro sabemos que no es el Sr. Zorrilla el autor de la poesía, sino el Sr. García Gutiérrez: gran sentimiento nos ha causado que el autor del *Trovador* pague tan mal la buena acogida que entre nosotros recibió."¹ Zorrilla por caballerosidad no cita nombres, pero parece indicar que también sospecha que García Gutiérrez fué el autor de las quintillas. En una carta que unos once años más tarde escribió a D. Tomás de Asensi dice: "Al llegar a Veracruz supe que un poeta español *amigo mío* había escrito en la Habana unas quintillas contra Méjico y las había impreso firmándolas con mi nombre."²

Cuando Zorrilla llegó a Veracruz, el poeta José Esteva³ fué a visitarlo en la fonda donde se hospedaba. Para él traía una carta de Bartolomé Muriel. En vista de las quintillas, que habían sido olvidadas hasta ahora y, a las cuales había contestado Esteva con palabras duras para Zorrilla, le extrañaba a aquél la visita de éste a Méjico. Creyendo todavía que Zorrilla era el autor de los versos, Esteva le mostró una copia de ellos. Zorrilla naturalmente se indignó ante tal calumnia y se sinceró ante Esteva y otros, declarando que por el amor que profesaba a Méjico y a ciertos amigos mejicanos como Muriel y García Conde no podía él expresar tales sentimientos, y que de haberlo hecho no se hubiera decidido a visitar el país.

Volvieron a olvidarse las famosas quintillas. Tanto en Veracruz como luego en la ciudad de Méjico fué acogido Zorrilla con mucho entusiasmo y festejado muchas veces. Hasta se propuso celebrar una función de beneficio con representación del *Don Juan Tenorio* y con una lectura de Zorrilla. La fecha escogida⁴ no convenía al agente de la empresa teatral y, para no perder la entrada que esperaba, decidió poner trabas al proyecto. Asegura Zorrilla que para ese efecto el agente puso en manos de un hijo de Santa Anna una copia de las susodichas quintillas.

Como ya Esteva le había indicado a Zorrilla, Santa Anna era muy orgulloso y vanidoso. Era muy natural, pues, que se resintiese así de lo que de él decían las quintillas, como de que se festejase tanto a otra

¹ Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, II, 268.

² Alonso Cortés, *op. cit.*, II, 339.

³ Véase lo que de él dice en *La flor de los recuerdos*, págs. 481-491.

⁴ Zorrilla la fija en marzo, en tiempo de cuaresma. Es posible que haya sido antes de esa temporada.

persona. Considerando que era necesario aclarar el asunto, con fecha 28 de enero ordenó que se hiciese comparecer al ciudadano español Don José Zorrilla ante la Policía para declarar si los versos eran o no suyos. Zorrilla con mucho gusto, para demostrar su cariño a los mejicanos, compareció y negó absolutamente que los versos fuesen suyos; añadiendo que, si antes de llegar a Méjico los hubiera conocido y hubiera sabido que se habían publicado bajo su nombre, no habría visitado el país sin contradecirlos. Y para terminar, afirmó que "sólo por calumnia podría seguirsele atribuyendo su paternidad, pues, son sus palabras, 'los que todavía lo crean, se engañan; los que todavía lo aseguren, mienten.'" ¹ Tanta importancia se le había dado al asunto que los periódicos de la época, especialmente *El Universal*, lo publicaron con detalles, y Zorrilla creyó conveniente celebrar una entrevista con Santa Anna, la cual fué arreglada por medio del Encargado de Negocios de España, Lozano Armenta. El resultado fué satisfactorio.

A instancias de sus amigos Anselmo de la Portilla, el Dr. Sanchiz y Cipriano de las Cagigas, ² se convino en que el Conde de la Cortina se llevara a Zorrilla a la hacienda de unos parientes, tanto para calmar el ánimo del poeta como para que el público se acostumbrara a su permanencia en la República, olvidándose de las infames quintillas. Al parecer nadie volvió a acordarse de ellas. Al contrario; con las invitaciones a fiestas y actos públicos el poeta siguió ganando en popularidad. El 7 de febrero de 1855 se reinstaló la Universidad, y allí recitó una oda y una serenata. Ésta encantó mucho a sus oyentes y es la que aparece en *La flor de los recuerdos* con el mote:

De las flores preciosas
Americanas
Dicen que sois las rosas
Las Mexicanas:
Pues si sois tales,
Yo soy la mariposa
De los rosales.

A propósito de esta ceremonia dice Zorrilla:

El poeta D. Joaquín Pesado, el más famoso en Méjico por entonces, leyó una poesía de corrección y forma clásicas, que todos aplaudimos, y tras él me

¹ V. Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, II, 269.

² En París había comprado mil ejemplares del poema *Granada* para venderlos en América.

condujeron a la tribuna, que estaba malisísimamente colocada, enfrente de la puerta, cerrada sólo con un tapiz, y en el centro de la pared lateral de un salón que por ser tan largo parecía estrecho, y que tenía a la cabecera una ventanilla abierta sobre el estrado en que estaba el arzobispo, los obispos y los doctores, y a los pies una larga celosía, tras de la cual se veían apiñadas las cabezas de las señoras a aquel acto admitidas. El lugar no podía ser peor, ni la posición más desfavorable para el orador y para el lector; pero como en los que en la tribuna me habían precedido había yo estudiado la desigual sonoridad y los ecos del salón, y en la práctica y el estudio de estos casos fío yo mis ventajas como lector empecé y concluí mi lectura limpia, clara, y serena, dándola un marcadísimo claro oscuro con la armonía de las onomatopeyas y el vigor de los períodos de que la había rellenado a propósito.¹

Durante poco más de tres años, es decir, desde casi mediados de 1855 hasta fines de 1858, llevó Zorrilla una vida de poca actividad literaria. Viajaba continuamente entre el campo y la capital, aceptando invitaciones a colegios, academias y sociedades, presentándose como lector en salones y teatros, en actos literarios y funciones de beneficencia. Ya los mejicanos se habían acostumbrado a verle y oírle y le consideraban como un buen hombre y un inofensivo gachupín, como dice él mismo. Supone que había caído en gracia por tener los pies pequeños, en vez de ser un *patón*, y por ser buen jinete. Con dinero que Cagigas le había enviado de Cuba se había comprado dos caballos y visitaba las poblaciones, las fiestas y los santuarios, estudiando las costumbres domésticas, civiles y religiosas de los habitantes.

La situación política del país era sumamente difícil. Santa Anna había tenido que emigrar en 1855. En diciembre del mismo año desapareció el gobierno del general Juan Álvarez, quien se retiró a la vida privada, quedando de presidente Ignacio Comonfort. En 1858 cayó éste. Entretanto había ocurrido un incidente internacional en que había tomado parte indirecta nuestro poeta. En 1853 había celebrado Méjico un tratado con España para el pago de ciertos créditos españoles comprendidos en una convención anterior. Por descuido o con intención se habían introducido algunos créditos fraudulentos. El gobierno de Méjico decretó el embargo de los acreedores, y el gobierno de Madrid, considerando esto una infracción del tratado, nombró ministro plenipotenciario a Miguel de los Santos Álvarez, quien llegó a Veracruz con dos vapores de guerra el 28 de mayo de 1856.

¹ *Recuerdos del tiempo viejo*, II, 147-148.

Zorrilla y Miguel de los Santos Álvarez habían sido condiscípulos en Madrid, buenos amigos y compañeros en su afición a las letras. Grande fué su alegría al encontrarse en Méjico y, en las circunstancias actuales, al tener éste que tramitar un asunto delicado ante un gobierno que contaba entre sus ministros a literatos como Manuel Payno¹ y Guillermo Prieto.² Tanto éstos como otros dos ministros eran amigos íntimos de Manuel Madrid quien, como buen español, deseaba que Miguel de los Santos Álvarez saliese bien en su empresa. Con Manuel Madrid pasaba Zorrilla semanas enteras en una casita de Tacubaya. A ella acudían también los domingos Payno, Prieto y otros personajes influyentes.

Zorrilla y Madrid convinieron en celebrar algunas reuniones, a las cuales debían asistir los ministros y Miguel de los Santos Álvarez. Mientras los políticos discutían el asunto pendiente entre España y Méjico, Zorrilla había de entretener a la gente de letras. Uno de los domingos en que se reunieron le fué difícil entretener a Joaquín Pesado, de quien dice que era "famoso poeta entonces, político en otro tiempo, y curioso como una monja."³ El poeta mejicano ansiaba averiguar lo que trataban los políticos. Álvarez, queriendo evitar un conflicto entre las dos naciones, celebró un arreglo con el ministro de relaciones. El gobierno de España no aprobó la conducta de su ministro e inmediatamente le llamó y le destituyó. Pero en compensación, habiéndole precedido la fama de su talento como literato, y en vista de que por mantener la paz y amistad entre España y Méjico había comprometido su situación, alcanzó una popularidad sin igual en Méjico. Esto agradó mucho a Zorrilla.

Fué después de la partida de Álvarez que Zorrilla hizo un viaje a Cuba. La situación política de Méjico había empeorado. Había caído Comonfort y emigrado a Nueva York, a donde le siguió su amigo particular Anselmo de la Portilla.⁴ Cagigas visitó la estancia donde se hallaba Zorrilla, con el propósito de persuadirle a que fuera con él a la

¹ 1810-94. Novelista. Su obra más conocida es la novela de costumbres *El pistol del diablo*.

² Véase la estimación que de él hace Zorrilla en *La flor de los recuerdos*, págs. 512-524.

³ V. *Recuerdos del tiempo viejo*, II, 221; también *La flor de los recuerdos*, págs. 463-472.

⁴ En su obra ya citada, *Méjico en 1856-57*, defiende a Comonfort e incluye el manifiesto que este general dió a luz en Nueva York en julio de 1858.

Habana, donde esperaba encontrar a Portilla. Zorrilla se opuso porque Veracruz estaba en manos de Juárez y consideraba el viaje peligroso; pero insistiendo Cagigas, salieron por fin, sin que Zorrilla supiese definitivamente el deseo y motivo de su amigo. Burlando la vigilancia de los juaristas, a quienes temía Cagigas, pudieron embarcarse en un buque inglés que zarpaba para la Habana, a donde llegaron el 11 de noviembre de 1858.

Casi cuatro años antes, en camino de Jamaica a Veracruz, había Zorrilla pisado tierra cubana. En el corto tiempo que permaneció en la Habana entonces asistió a una representación de *Lucía*. Allí le reconocieron algunos y quisieron agasajarle, pero él los engañó fingiéndose francés y hablando ese idioma con una señorita Brümmer que, como él, había hecho el viaje de Jamaica a Cuba. La mañana siguiente, sin embargo, unos admiradores suyos, encabezados por el doctor Zambrana, se le presentaron para saludarle. Zambrana le instó a que se quedase en Cuba. Zorrilla se negó. Quería cumplir su palabra a Muriel de que Méjico sería la primera tierra americana que visitase.

El iluso Cagigas, quien ya había hecho negocios en Cuba, había urdido uno que, según él, había de enriquecer a los dos. Lo primero que hicieron fué presentarse en la redacción del *Diario de la Marina* para que se supiese la llegada del poeta. Indudablemente Cagigas proyectaba aprovecharse lo más posible de su renombre y personalidad. No tardó Zorrilla en recibir una galante invitación del capitán general don José de la Concha para un baile que en su palacio había de celebrarse a los cuatro días de la invitación. ¡De aquí los apuros del poeta! El traje que para tales ocasiones había llevado de Méjico no convenía, pues lo creía muy fuera de moda. Pensó quedarse en cama, aplazando su presentación a la sociedad cubana hasta la distribución de premios de unos juegos florales del Liceo. Pero Cagigas lo llevó a la sastrería de Porzio, la más afamada de la Habana, y a pesar de que mucha gente procuraba lo mismo, y se había adelantado a Zorrilla, éste pudo obtener su traje a tiempo.

Uno de los arreglos financieros que Cagigas había efectuado era que Zorrilla diese seis lecturas en el Liceo por la suma de tres mil duros. Para la preparación de las lecturas así como para la transacción del negocio que ocupaba a Cagigas se habían establecido en una habitación en el piso bajo de la casa de un literato cubano. Esta habitación fué amueblada por Pepe Santa Anna, hijo del expresidente de la república

mejicana. Del hijo dice Zorrilla que era "tan cortés, servicial y afectuoso como altanero" el padre.¹

De vuelta una noche a su habitación, la duodécima de su llegada a la Habana, según el cálculo de Zorrilla, encontró a Cagigas enfermo. Al día siguiente empeoró, y Zorrilla se vió obligado a llamar al doctor Zambrana, el mismo que en su primera visita a Cuba le instó a quedarse en la isla. Era Zambrana literato tan conocido como acreditado médico. A pesar de los cuidados de los amigos y del doctor Zambrana, Cagigas murió del vómito negro a los cinco días de caer enfermo y poco después de la llegada de Portilla, a quien había esperado ávidamente para ultimar el negocio que la había llevado a Cuba y que no había revelado a Zorrilla. Fué enterrado el 25 de noviembre de 1858.

Consuelo para el poeta en aquellos momentos tan tristes fué la visita de su antiguo condiscípulo el P. Manuel Solís y Pareja, Superior en la Habana del Colegio de Jesuitas. Habían estudiado en el Seminario de Nobles, y ahora el religioso se congratulaba de encontrar a su condiscípulo Pepe tan famoso, y el poeta se asombraba de encontrar a su compañero Solís nada menos que Superior de los Jesuitas.

La muerte y falta de Cagigas engendraron en Zorrilla una tristeza insuperable. Nada bastaba a desecharla. Isidoro Araujo de Lira había poco antes comprado el *Diario de la Marina* y le había ofrecido alojamiento, mesa, carruaje y tres mil duros al año, por tres años, a condición de que escribiera el folletín del diario. ¡No era cosa de despreciar! Pero no aceptó. Ni las instancias de Araujo de Lira, ni las atenciones de la familia del capitán general ni los cuidados de sus amigos le sacaban de su melancolía. Rehusó toda clase de invitaciones y se entregó a un trabajo muy asiduo, presentándose públicamente sólo para terminar las seis lecturas del Liceo.

Los médicos le habían aconsejado que abandonase la ciudad y saliese al campo. Araujo de Lira, el propietario del *Diario de la Marina*, deseando que Zorrilla cambiase de vida y aceptase su propuesta de quedarse en Cuba escribiendo para su periódico, le presentó al banquero don Manuel Calvo. Éste le llevó a una finca en compañía de Agustín Aynslie, admirador de Zorrilla. Este joven había salido de Méjico en cuanto supo la muerte de Cagigas y se proponía permanecer junto al poeta para servirle en todo lo que pudiera. Zorrilla le ofreció cien duros mensuales, prohibiéndole ir a ninguna parte sin su permiso. Una de las

¹ *Recuerdos del tiempo viejo*, II, 248.

tareas de Aynslie fué ocuparse de los cobros y pagos en la impresión del segundo tomo de *La flor de los recuerdos*, único libro que Zorrilla publicó en la Habana.¹ En 1859 se publicó en la Imprenta del *Diario de la Marina, Dos rosas y dos rosales*, leyenda en dos partes, pero ya había aparecido en el tomo de *La flor de los recuerdos* publicado en Méjico en 1855.

La salud del poeta mejoraba en el campo, y con esto, la paz y la tranquilidad de su aislamiento y las diversiones que le proporcionaban sus amigos para evitar que trabajase demasiado disminuía algo su tristeza. Pero una infausta noticia recibida de Francia vino a aumentarla. Él no explica nada. Puede suponerse que sería tal vez el casamiento de la Leila de sus pensamientos o la muerte de ella o de alguna otra persona querida. Uníase a sus recuerdos tristes lo que él consideraba constante persecución de su esposa legítima, Matilde O'Reilly,² a quien había abandonado al irse a París. No hallándose contento en Cuba y deseando regresar a Méjico, decidió marcharse a los cuatro meses de haber llegado. Volvió con Aynslie a la Habana y, después del tiempo sólo suficiente para preparar su equipaje y despedirse de algunos amigos, salió el 16 de marzo de 1859 para Méjico.

Este segundo viaje no fué menos peligroso que el primero. Intimó en el vapor con cuatro generales mejicanos que iban a unirse al ejército del presidente Miramón. Se esperaba que éste sitiase a Juárez en Veracruz y le obligase a rendirse. No sucedió así, y en la incertidumbre Zorrilla mandó a Aynslie que desembarcase para indagar. Volvió el joven con el recado de Juárez para Zorrilla que si desembarcaba en Veracruz tendría el disgusto de hacerle fusilar como amparador de traidores. Indudablemente el caudillo revolucionario culpaba a Zorrilla de haber ayudado a Cagigas a escaparse y de ayudar a los cuatro generales en su regreso a Méjico para combatir contra él.

¹ Narciso Alonso Cortés en su extensa obra sobre Zorrilla da una síntesis de este libro en el tomo II, págs. 245-269.

² En la carta a D. Tomás de Asensi ya mencionada se hallan estas frases: "Mi mujer. . . Ha establecido un sistema de difamación en contra mía, tan pertinaz y tan villano, que hace quince años que al ir a entablar un negocio ventajoso con un banquero, con un mecenas opulento o con un soberano que por mi reputación literaria me acuerda su protección, se atraviesa mi mujer con una queja, con una carta o con un anónimo escrito por mano ajena que arruina el negocio o impide la protección. . . ."

"Fuí a la Habana en 1858; allí me siguieron las cartas y anónimos. . . ."

Sigilosamente lograron poner pie en tierra él y Aynslie no en Veracruz, sino en Boca del Río. Fué entonces que empezó la odisea de los tres baúles donde conservaba la mayor parte de sus memorias y manuscritos. No pudiendo llevar consigo más que un saco de mano había encomendado los tres baúles al comandante de un buque español. Pasando de un buque o lugar a otro llegaron a perderse. Poco después de la media noche se metieron Aynslie y Zorrilla en el campamento de Miramón a donde ya les habían precedido los generales que habían viajado con ellos desde la Habana. No tardaron en aprestarse para irse a la ciudad de Méjico.

Inmediatamente después de su regreso, Zorrilla se marchó a una hacienda no lejos de la capital y muy cerca del pueblecito de San Ángel. Volvió a sumirse en un completo aislamiento, dedicándose a hacer centenares de estrofas y miles de apuntaciones. Respecto a su permanencia en aquel lugar y la situación del país dice:

Abstraído yo del mundo y olvidado de Méjico, que sólo de mí sabía que a su territorio había vuelto, imaginaba yo hacer una lectura, creada y escrita entre las flores de aquel jardín, mientras en torno de él se cuajaba la tormenta que había de traer a aquel país de flores, música, poesía y luz primero la embajada de Pacheco, que fué una verdadera embajada, después la intervención francesa que fué una imperdonable locura, y por fin el Imperio que fué una sangrienta catástrofe.¹

Para la ejecución de un tratado que se había firmado en París el 26 de septiembre de 1859, y que había sido aceptado por el presidente Miramón, aunque rechazado por su opositor Juárez, España, a principios de 1860, nombró embajador a Joaquín Francisco Pacheco, autor de varias obras políticas, dramas y poesías. Hasta entonces las naciones de Europa no habían enviado a Méjico más que ministros, encargados de negocios o cónsules generales, y el nombramiento de un embajador en aquel momento en que había tanta inquietud a causa de la lucha político-religiosa fué de un efecto mágico. Desembarcó Pacheco en Veracruz el 24 de mayo de 1860, sin oposición de Juárez, dueño de la ciudad. Pacheco favorecía a Miramón y consideraba a Juárez como rebelde al gobierno nacional. No se ocupó de presentarse a él en calidad de embajador. Fué esto un gran error que le hizo fracasar en su embajada al fin y que le produjo alguna antipatía en Méjico posteriormente.

¹ *Recuerdos del tiempo viejo*, II, 314.

Debió llegar Pacheco a la capital a fines de mayo o principios de junio y no el 22 de agosto, como dice Zorrilla. En terreno de los conservadores, partidarios de Miramón, fué aclamado como un personaje fantástico. El gobierno, el clero, los españoles residentes allí, los mejicanos adictos a Miramón, todos salieron a recibirle aun hasta fuera de la ciudad. Subsiguientemente fué agasajado por unos y otros. Además de banquetes ofrecidos por sus compatriotas y diferentes entidades, las noches del 8 y 10 de junio hubo representaciones en su honor en los teatros Principal y Nacional.

Zorrilla quiso presenciar la entrada del embajador en la capital desde su coche, sintiéndose satisfecho de no haber sido invitado a ninguna fiesta. No logró, sin embargo, permanecer olvidado, pues Pacheco al pasar se fijó en el aspecto europeo del coche de Zorrilla, reconoció al poeta, le saludó con mucha alegría y luego le obligó a asistir a varios de los festejos celebrados en su honor. Eran antiguos y buenos amigos. Con Nicomedes Pastor Díaz y Donoso Cortés, Pacheco había luchado por la admisión de Zorrilla a la Real Academia Española.

Sin perder tiempo, Zorrilla enteró a su amigo de la situación difícil del gobierno de Miramón. Se hallaba rodeado de enemigos y carecía de recursos, así como también del apoyo de la opinión pública y de los gobiernos extranjeros. Pacheco presentó sus credenciales en agosto, pero no tuvo oportunidad de exponer su embajada porque Miramón tuvo que fugarse. Cuando Juárez entró triunfante en la capital el 11 de enero de 1861 no quiso oír la embajada, alegando que era para Miramón y no para él, y el día 12 desterró de la república al embajador de España.

La contienda entre liberales y conservadores y la intranquilidad producida por ella no eran valla para publicaciones,¹ fiestas y funciones teatrales. Antes del triunfo de Juárez se celebró una en que tomó parte Zorrilla. La Junta de damas a cuyo cargo corría la bienhechora Asociación de San Vicente de Paúl organizó una función para el 18 de

¹ Fué en 1861 que se publicaron en Méjico las siguientes obras de Zorrilla:

Álbum de un loco, revista joco-seria universal en verso. No. 1. Prospecto e introducción (México, Abadiano, 1861).

A pëndice a La flor de los recuerdos. Las almas enamoradas, historia de la segunda rosa. Segunda parte de la historia de *Dos rosas y dos rosales* (México, Abadiano, 1861).

A pëndice a La flor de los recuerdos. Una repetición de Losada. Cuento fantástico (México, Abadiano, 1861).

julio de 1860 en el Teatro Nacional con el fin de allegar recursos para sus pobres. A Zorrilla se le pidió que dirigiera y ensayara *El Trovador* de Verdi. Valiosa fué la cooperación en el papel de Leonor de la insigne artista mejicana Ángela Peralta, quien luego recorrió con gran triunfo los teatros de España, Italia y Austria, y de la joven María de los Ángeles González y Bossero, de quien dice Zorrilla que "azucena apenas abierta al soplo de las auras de su décimo sexto abril, hizo una Azucena que trascendía aromas de juventud a través del oscuro afeite y los harapos de la gitana, robadora del Trovador."¹ Además de la dirección de la ópera de Verdi, se le había encargado a Zorrilla que preparara una composición solicitando fondos. Esta composición, titulada *Los pobres*, termina galantemente:

A vosotras, del valle mejicano
hijas alegres, de su edén florido
blancas huríes, que la noble mano
habéis al pobre, a nuestra voz, tendido;
que a su tesoro con afán cristiano
vuestro óbolo a traer habéis venido,
yo os dejo en estos rústicos renglones
de los pobres de Dios las bendiciones.

Y ¡ojalá que al mandato de mi acento
el universo humilde obedeciera!
Y ¡ojalá que la esencia de mi aliento,
suave como calor de primavera,
grata como la música del viento,
la de algún genio de Oriente fuera,
para alumbrar vuestra futura huella
con la alma luz de la mejor estrella!

Y ¡ojalá que desde hoy hasta el postrero
día en que os dé calor la luz del mundo,
queden como recuerdo lisonjero
grabados de vuestra alma en lo profundo,
los cantares del pájaro extranjero,
las trovas del poeta vagabundo,
que osa venir, sin títulos mejores,
a echar a vuestros pies versos y flores!²

Interesante por demás, como indicación de la naturaleza del poeta, es su propio comentario sobre su actuación en aquel acto: "Yo pedí y

¹ *Recuerdos del tiempo viejo*, II, 315.

² V. *Album de un loco* (Madrid, 1867), págs. 149-155.

saqué aquella noche para los pobres más doblones que letras tenían los doscientos endecasílabos de mi plegaria; es tal vez la única que en mi vida me han parecido buenos mis versos y que dormí satisfecho de haberlos escrito."¹

La adherencia de Zorrilla al embajador Pacheco y al partido conservador, el cual había sido derrotado por Juárez, y la amenaza de éste por conducto de Aynslie de fusilar al poeta si desembarcaba en Veracruz al volver de Cuba, eran motivos para que Zorrilla se alejase de Méjico. ¿Por qué no lo hizo? Aun permaneció algún tiempo en *La Haciendita* de San Ángel, cerca de la capital, donde se había hospedado cuando regresara a Méjico, y por temporadas en la hacienda de los Llanos de Apam. Se consideraba desterrado voluntario de su patria que había ido en busca de una muerte que creía segura. Su situación, sin embargo, no podía ser tan triste como él más tarde la pinta. Era bien quisto, no carecía de recursos y amaba el país. Ya había transcurrido bastante tiempo desde la muerte de su íntimo amigo Cagigas y desde la noticia triste que recibiera en Cuba. Algunas de sus poesías parecen indicar que ya Leila no ocupaba sus pensamientos amorosos.²

Los acontecimientos políticos iban desarrollándose de tal suerte que pronto volvería a verse Zorrilla atraído de nuevo a la capital. La plebe de ciertas localidades no miraba bien a los españoles. Éstos era perseguidos hasta hallarse obligados a unirse a los conservadores. Las monjas y el clero eran maltratados e insultados. El poder ejecutivo no sólo parecía alentar estas actividades, sino que también descuidaba el cumplimiento de sus obligaciones a las naciones extranjeras. En consecuencia, el gobierno español resolvió demostrar que no podía permitir el mal trato de sus súbditos ni la falta de cumplimiento a los tratados.

Inglaterra y Francia se unieron a España, y el 31 de octubre de 1861 se firmó la convención de Londres. Estaba limitado este arreglo a apoderarse temporalmente del litoral mejicano para garantizar la seguridad de los nacionales de las tres potencias y cobrar las sumas adeudadas por Méjico. El 17 de diciembre parte del ejército español desembarcó en Veracruz. Las tropas inglesas y francesas llegaron respectivamente el 6 y 8 de enero de 1862. El 19 de febrero los comisionados de los tres gobiernos y el ministro de relaciones de Méjico, Manuel

¹ *Recuerdos del tiempo viejo*, II, 315-316.

² V. Alonso Cortés, *op. cit.*, II, 241, 285.

Doblado, firmaron un convenio, mediante el cual se abrirían negociaciones para satisfacer a las tres naciones europeas, bajo la base de que no se intentaría ningún ataque contra la independencia e integridad de la República. Los representantes de Francia no se atuvieron a lo convenido, y disgustados los de España e Inglaterra declararon rota la alianza el día 9 de abril de 1862. Poco después se reembarcaron para Europa las tropas españolas e inglesas, quedándose sólo las de Francia para dar principio a una guerra injusta.

El 31 de mayo de 1863 el ejército de Juárez abandonó la capital, y el 10 del siguiente mes hizo su entrada en ella el general Forey, jefe de las tropas francesas. El 10 de julio del mismo año una comisión nombrada para considerar la forma de gobierno que debía adoptarse presentó un informe optando por la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico, y ofreciendo el trono con el título de Emperador de Méjico a Maximiliano, Archiduque de Austria. En caso de no aceptar Maximiliano la corona, la nación mejicana debía remitirse a la benevolencia de Napoleón III para que él indicase otro príncipe católico.

La comisión encargada de ofrecer la corona al Archiduque Maximiliano llegó a su residencia en el castillo Miramar, en Austria, el 3 de octubre. Por obstáculos de familia y por querer asegurarse de que el deseo de los mejicanos era general, Maximiliano no se decidió a aceptar definitivamente en seguida el ofrecimiento que se le había hecho. Debido, sin embargo, a los esfuerzos del gobierno francés y a las instancias de su esposa Carlota, optó por fin aceptar la corona el 10 de abril de 1864. El 12 de junio llegó a la ciudad de Méjico.

Entre la llegada del general Forey y la de Maximiliano a la ciudad, Zorrilla, a pesar de su deseo de vivir aislado, no había podido substraerse enteramente a las actividades teatrales de la capital. El eminente actor mejicano Antonio Castro, entristecido, según se cree, por la guerra intervencionista y la formación de un gobierno monárquico, cayó enfermo y murió el 26 de julio de 1863. Para honrar su memoria se celebró un acto en el Gran Teatro Nacional el 20 de agosto, y Zorrilla, saliendo de su retraimiento, asistió y dió lectura a una oda inspiradísima que empieza:

Tienes razón ¡oh pueblo mejicano!
Justo es al menos que la humana gloria
Queme un grano de incienso a su memoria.

Pongamos en su frente y en su mano
 Una corona al menos y una palma:
 Única recompensa del que parte
 Desde la vida mísera del arte
 A la región incógnita del alma.

Y dice la última estrofa:

Y yo errante poeta castellano,
 Brindado por el arte mejicano
 Con tan noble misión, su gentileza
 Agradezco leal, y acepto ufano.
 No os cause, pues, ni celos ni extrañeza
 Que, español, en honor de un pueblo hermano,
 Venga a poner con imparcial nobleza
 De Castro en prez, con mi última plegaria,
 La última flor en su urna cineraria,
 La primera corona en su cabeza.¹

Cumplí; vuelvo a mi sombra solitaria;
 Acaba mi cantar, su gloria empieza.²

Poco después llegó a rumorarse que Zorrilla pensaba partir para España. Para despedida del poeta, y quizá buscando el éxito material, la empresa del Gran Teatro Nacional le invitó a dar una lectura. Se dice que Zorrilla contestó: "Hay un proverbio oriental que, traducido a nuestra lengua, dice poco más o menos:

'La juventud produce
 genio y amores,
 Mas con la Primavera
 se van las flores.'"³

Se supuso que la indicación de Zorrilla era que no le estaba bien en la edad madura lo que le había sido tan aplaudido en su juventud. Sin embargo, instado por la empresa, envió un manuscrito intitulado *El cuento de las flores, lectura decorada y puesta en acción del proverbio "tras de la primavera se van las flores."*

La función se celebró en el Teatro Imperial la noche del 28 de enero

¹ Aquí interrumpió Zorrilla su lectura y fué a colocar una corona de siemprevivas en el busto del insigne actor.

² *Album de un loco*, págs. 137-147.

³ Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, II, 359.

de 1864 y fué repetida el 30. Con la indulgencia del lector me permito reproducir lo que dicen dos periódicos de la época.¹

El cuento de las flores. La obra que con este título ha escrito el ilustre poeta español D. José Zorrilla, y que se ejecutó en el Teatro Imperial la noche del 28, agradó sobremanera al numeroso público que, ávido de escuchar al distinguido vate, ocupaba todas las localidades desde mucho antes de que comenzase la función. Lo más granado, lo más elegante, lo más selecto de México se veía reunido en el espacioso local, que estaba espléndidamente iluminado. Cuando el original y delicado asunto de la producción hizo salir al palco escénico al poeta español, una prolongada salva general de aplausos resonó por todas partes. Era el saludo que los inteligentes, los admiradores de las bellezas literarias, enviaban al genio.

El Sr. Zorrilla correspondió a aquella demostración de aprecio y simpatía, con una inclinación de cabeza, y en seguida se puso a leer, con entonación sonora y robusta, con voz clara y firme, una poesía fresca, dulce y expresiva, que arrebató al auditorio, que volvió a colmarle de aplausos y de bravos. Aun se escuchaban algunos de éstos, cuando la Sra. María Cañete se acercó a él, le dirigió algunas palabras y colocó en sus sienes una sencilla corona. Después, el apreciable joven D. Manuel Cortina se presentó a hacerle un obsequio a nombre de la Colonia Española, consistente en un precioso ramo cubierto de onzas de oro, y en una bellísima corona rodeada completamente de escudos, también de oro, de cuatro pesos, que suplían a los botones que antiguamente se colocaban de tres en tres en las coronas de laurel destinadas a los poetas y literatos.

A esto y más añadía *La Soledad*:

La función dramática de anteanoche ha dejado grata impresión en el ánimo de los concurrentes, así por la caprichosa novedad del espectáculo como por los bellísimos versos con que el Sr. Zorrilla obsequió a México y a los mexicanos. El eminente poeta español, en vísperas de partir de un país que considera como suyo, se despide de los mexicanos asegurándoles que su corazón queda con ellos. La memoria del Sr. Zorrilla será grata a sus huéspedes. Los versos que contienen los adioses del poeta y los de la *Historia de una rosa*, arrancaron al público aplausos mucho más estrepitosos que lo demás de la función.

La composición *Historia de una rosa*, citada completamente por Narciso Alonso Cortés,² presenta un pequeño problema. Forma parte del programa de las funciones del 28 y 30 de enero, pero Alonso Cortés dice que Zorrilla la dió a conocer más tarde en el Casino Español en el

¹ Citados por Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, II, 359-360.

² *Op. cit.*, II, 307-321.

mismo año de 1864, basándose en la publicación de las lecturas del poeta en aquel centro.¹ Opina el mismo autor que en el poema Zorrilla hace públicos sus amores con la campirana de los Llanos de Apam, "dama a la sazón de palacio." Como los emperadores no llegaron hasta junio de 1864, puede también suponerse o que la *Historia de una rosa* no es episodio de la vida de Zorrilla de entonces, porque de serlo hubiera faltado Zorrilla a la discreción y nobleza de que se preciaba, o que la composición leída ante el Casino Español es la recitada anteriormente en el teatro, tal vez con algunos cambios y adiciones.

El rumor de la partida de Zorrilla, reiterado como se ve más arriba en la cita de *La Soledad*, no pasó de eso. Sea porque no pensaba en ello entonces, o por algún otro motivo que se lo impedía, el caso es que Zorrilla no se marchó. Para beneficio suyo en el país que tan bien le había tratado hubiera sido mejor, pues no habría intimado con Maximiliano, indisponiéndose así con los republicanos patriotas de Méjico. No tenía él deseo de ingerirse en el Imperio ni esperanza de que durase el régimen monárquico. Asistió, sí, a la entrada de los Emperadores en la capital, pero la impresión que le causó fué penosa.

Algunos meses después del establecimiento del Imperio, había de celebrarse en la Escuela Imperial de Minas (o Colegio de Minería) una distribución de premios a sus alumnos. Esto ocurrió el día 18 de noviembre de 1864. Los Emperadores habían de asistir. Dos de los profesores visitaron a Zorrilla y le rogaron que escribiese una poesía para leerla. El poeta se negó, alegando que no parecía bien que lo hiciera un español, cuando había tantos excelentes poetas en el país. Insistieron los profesores, y Zorrilla al fin accedió, entendiendo que no sería él el único poeta en tomar parte en el acto. En la composición que preparó Zorrilla se dirige primero al Emperador con estas palabras:

Sucesor imperial de Carlos Quinto,
 Lo que a mí voz franquea este recinto,
 No es mérito o saber que en mí se encierra:
 Es honor que se me hace en esta tierra.
 Los que nacemos nobles en la mía,
 No importa a qué opinión pertenezcamos,
 Acatamos por ley y cortesía
 La augusta majestad donde la hallamos:

¹ *Lecturas de Don José Zorrilla en el Casino Español en 1864* (México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1864).

Por eso antes de leer mi poesía,
Cortés y sin servil palabrería,
Caballero español, poeta rudo,
Majestad imperial, yo te saludo!

Se dirige luego a la juventud mejicana recordando que ya antes le había llamado a cantar, honrándole así dos veces. Expone su amor a la juventud y declara que en lugar de cantar va a dar un consejo. Recuerda ligeramente el pasado de odio y rencores, y ensalza los adelantos de la ciencia y los beneficios que pueden producir para la humanidad. Exhorta a la juventud a olvidar el rencor de odios vulgares y a considerar que el futuro debe de ser era de ley, justicia, equidad y paz duradera. Le aconseja que sea sabia, prudente, ilustrada. Termina con los dos versos:

Mejicana nación ¡Dios te proteja!
Augusto Emperador ¡Dios te ilumine!¹

Cerca del Emperador se hallaba el general Wolff, conservador mejicano de descendencia francesa, con quien Zorrilla había viajado de Cuba a Méjico cinco años antes. El general informó a los Emperadores sobre el poeta. Al día siguiente él y los demás que habían tomado parte en aquella fiesta literaria fueron invitados a comer en palacio. Dice Zorrilla que fué de esta manera que le conocieron Maximiliano y Carlota.

Debió haber sido este mismo día, 19 de noviembre, que Zorrilla recitó sus poesías *Confidencias*² y *Serenata*² ante el Casino Español. Este centro celebraba una fiesta todos los años en honor de la reina Isabel II, y en esta ocasión le correspondió a Zorrilla ser el poeta principal. Se aprovechó de la oportunidad para combatir en sus *Confidencias* supuestos calumniantes acerca de su permanencia y vida en Méjico, y recordó cuanto debía a los mejicanos y en particular a uno en París que, aunque no nombra, debe entenderse ser don Bartolomé Muriel.

Estaba Zorrilla en la hacienda de los Llanos de Apam, a donde había vuelto a retirarse, cuando un día una dama de la Emperatriz le participó que el Emperador deseaba hablar con él de teatros y poesías. En un viaje que poco después hizo Maximiliano por los Llanos para ver

¹ V. *Album de un loco*, págs. 379-385.

² V. *Ibid.*, págs. 365-378.

el acueducto de Tempoala, Zorrilla salió a recibirle con los propietarios de una hacienda donde había de hospedarse el Emperador. Zorrilla fué invitado a comer con él, y en la tertulia por la noche leyó y recitó muchos versos. Al día siguiente Zorrilla acompañó al Emperador en su viaje y pudieron hablar los dos a solas. He aquí lo que dice Zorrilla en sus *Recuerdos*:¹

Quedamos en que, no buscando en mí un adulator ni un palaciego más, yo debía ayudarle a crear un teatro nacional mejicano, del cual me nombraría director, con la condición de que no me mezclaría ni en la política del país ni en las intrigas de palacio; no me obligaría a usar uniforme ni distintivo alguno, y tendría derecho a ser recibido por él inmediatamente que yo le pasara mi tarjeta por la secretaría del gabinete civil.

El Emperador, según declaración de Zorrilla, le nombró director del teatro nacional de Méjico y del particular de su palacio. Se opuso el poeta a los planes de Maximiliano, considerando que resultarían en gastos enormes cuando el Emperador necesitaba dinero para mantenerse en el trono, y que el público supondría que él era apadrinado para que pudiese enriquecerse a costa del erario nacional. Se convino, pues, en que se convertiría un salón del palacio en teatro y que una compañía, con el título de imperial, representaría allí de vez en cuando. El establecimiento del teatro nacional quedaba aplazado indefinidamente.

Para poder ocuparse de la dirección de la compañía que había de actuar en el palacio, Zorrilla se trasladó a la capital. Maximiliano por su parte no excusaba ocasión de mostrarle su afecto. A principios de julio de 1865 le nombró oficial de la orden de Guadalupe. El 12 de octubre se dirigió al ministro de Gobernación manifestando su deseo de crear un teatro nacional y de nombrar a Zorrilla director del mismo. Aun la Emperatriz, con quien Zorrilla no simpatizaba tanto, se complació en elegir la primera parte de *Don Juan Tenorio* para la representación del 4 de noviembre en celebración de los días de Carlota. Como homenaje a ella Zorrilla leyó una poesía. Varias secciones del programa demuestran la parte importante que tuvo el poeta en esta inauguración del teatro:

2. El Sr. D. José Zorrilla esperará a S.S. M.M. en los escalones que unen al salón con el escenario. 3. Cuando S.S. M.M. hayan ocupado sus asientos,

¹ II, 338.

el Sr. Zorrilla subirá al escenario, leerá una poesía,¹ y concluida su lectura, bajará al salón a poner en manos del Emperador el manuscrito autógrafo de su composición. 4. Después de esto se correrán las cortinas, se dispondrá el escenario en cinco minutos y comenzará la representación de *Don Juan Tenorio*, comedia en verso del ilustre poeta D. José Zorrilla, arreglada por su autor para esta ocasión en cuatro actos. (Reparto). El Sr. Zorrilla se sentará cerca de S. M. el Emperador para transmitir los avisos de orden desde el salón al teatro. 5. El Sr. Zorrilla, previa la venia de S. M. el Emperador volverá a subir al escenario, en donde se hallarán ya todos los artistas del teatro mexicano, en medio de los cuales leerá la poesía titulada *La corona de pensamientos, galantería poética a S. M. la Emperatriz*² y concluida esta lectura bajará al salón para ofrecer a S. M. la Emperatriz la corona de flores, sirviéndole de azafate el papel de su composición.³

La última estrofa de la poesía dedicada a Carlota dice:

Como algo en los poetas hay de hechiceros,
No extrañéis que un encanto pretenda haceros.
Con el poder del arte, que aquí me abona,
Voy, Señora, a tejeros vuestra corona.

Aquí se dirigió a los artistas que le rodeaban:

Vosotros que de mi arte sois elementos
Enlazad en corona mis pensamientos.

Los actores se le acercaron, formando círculo, y tejieron la corona con los pensamientos que tenían en la mano. Se abrió luego el círculo y Zorrilla ofreció la corona, con los versos:

En vuestras manos
Me envían a ponerla los mejicanos.

Otra vez, y quince días después de la función inaugural en el teatro del palacio, se vió Zorrilla obligado a defenderse ante el Casino Español de acusaciones que le molestaban. En una composición titulada *Confidencias y Cantilena a S. M. C. Doña Isabel II*⁴ recuerda su cantar del año anterior; implora a la reina que no le obligue a revelar algo que encubre su corazón; explica su viaje a Méjico y permanencia allí; pon-

¹ V. *Album de un loco*, págs. 405-410.

² *Ibid.*, págs. 411-421.

³ V. Alonso Cortés, *op. cit.*, II, nota, 328-329.

⁴ V. *Album de un loco*, págs. 423-436.

dera su lealtad a España y el amor que le tienen los mejicanos como buen español; y por fin en la *Cantilena* expone su amor y lealtad a la reina española.

Su lealtad a España, su orgullo de español, su amor al pueblo mejicano no eran incompatibles en Zorrilla con su afecto al Emperador. Veía en él no un monarca extranjero que parte de la nación se había visto obligada a aceptar, sino al caballero austriaco que anhelaba gobernar en beneficio del pueblo. Así es que simpatizaron mucho. El poeta mereció la confianza y muchas distinciones de parte del Emperador. En una ocasión éste le debió la vida al poeta.¹

Zorrilla recibió su nombramiento de director del teatro nacional. El sueldo era de tres mil duros y seguramente hubiera sido justificado porque Zorrilla tenía en proyecto levantar el teatro del amodorramiento en que se hallaba en aquella época, a causa tal vez de la incierta situación política. Fuese por esto, por la preocupación de Maximiliano, por la falta de interés o algún otro motivo, no prosperó el plan. Poco tiempo después recibió Zorrilla una noticia de España que le hizo desear volver a su patria. Debió ser la del fallecimiento de su esposa, quien le había causado la separación de sus padres, le había enemistado con muchas personas y le había obligado a salir de España. Consideraba Zorrilla que su posición social había cambiado y se dirigió al Emperador para que le permitiese regresar a Europa.

Maximiliano se opuso al viaje de Zorrilla, pero tanto insistió éste que accedió a condición de que volviera en junio de 1867. En caso de que el Emperador se viese obligado a abdicar, Zorrilla había de ir a Miramar donde se le ofrecía sueldo, aposento y acceso a las habitaciones de Maximiliano como su lector y cronista. Como si presintiese la proximidad del fin del Imperio, Maximiliano tenía pensado encargar al príncipe de Salm-Salm la publicación de su historia política y a Zorrilla de la un legendario desde que él y Carlota empezaron a aprender el español hasta el momento de abandonar las riendas del gobierno. Por esta obra, que sería en dos tomos, Zorrilla había de recibir cincuenta mil duros. La única condición que impuso Zorrilla fué que en Méjico o en Miramar estaría siempre bajo el pabellón de España. El miércoles 2 de junio de 1866 se separaron con mucho sentimiento y el 13 se em-

¹ V. *Recuerdos del tiempo viejo*, II, 343-346.

barcó Zorrilla en Veracruz para no volver a ver al infortunado Emperador.

Los republicanos dirigidos por Juárez sufrieron varias derrotas al principio de su lucha contra el ejército invasor y los conservadores. Poco a poco, sin embargo, fueron ganando terreno y por fin el apoyo decidido de los Estados Unidos que ya recobraban de su guerra civil. A Napoleón III no le convenía continuar una aventura que no fué generalmente aceptada y que costaba demasiado, sin compensación alguna. En 1866 decidió ordenar el regreso de sus tropas a Francia. Para conjurar el desastre que se acercaba, la Emperatriz Carlota hizo un viaje a Europa en julio de 1866. La noticia del viaje fué síntoma de mal agüero para el Imperio. Como por telégrafo subterráneo se esparció por todo el territorio mejicano, recibándose en muchas partes como el anuncio de una era nueva que indicaba la victoria contra la Intervención y el régimen monárquico. Se proponía Carlota visitar al Emperador francés para arreglar un empréstito y para tratar de obtener que se prolongase la estancia del ejército en Méjico, y al Papa para arreglar cuestiones pendientes que no satisfacían al Pontífice. En sus conferencias con Napoleón no tuvo éxito; de su entrevista con el Papa salió loca. La situación del Imperio y el fracaso de ella al tratar de mantenerlo le enajenaron la mente. No tardó en consumarse la desgracia de los soberanos. El 15 de mayo de 1867 la plaza de Querétaro, donde se había hecho fuerte Maximiliano con su escaso ejército, cayó en poder de las tropas de Juárez. Maximiliano y sus generales quedaron prisioneros. El 14 de junio fueron sentenciados a muerte, y la sentencia se cumplió cinco días más tarde en el Cerro de las Campanas.

Mucho es lo que se ha escrito en todas formas sobre la Intervención francesa, el Imperio de Maximiliano y su trágico fin. Entre las nove-las históricas por autores mejicanos cuéntanse la de Juan A. Mateos, *El Cerro de las Campanas (Memorias de un guerrillero)*¹ y la de Alfonso M. Maldonado, *Nobles y plebeyos*.² Una de las más detalladas historias es la de Martín de las Torres, *El Archiduque Maximiliano de Austria en Méjico*.³

De igual manera que Zorrilla admiraba más al hombre Maximiliano

¹ México, 1868.

² *Obras* del lic. Alfonso M. Maldonado, Tomo II (México, 1910).

³ Madrid y Barcelona, 1867.

que al Emperador de Méjico, otro poeta ilustre, Víctor Hugo, bajo el mismo concepto, quiso intervenir en su favor. De una carta que dirigió a Juárez desde Hauteville House el 20 de junio, cuando ya se había cumplido la sentencia de muerte, se desprenden estas frases: "Dejadle que contemple estupefacto que no es por ser Emperador que se le respeta. Sepa este príncipe que se tenía por más que un hombre, que hay en él una miseria, el príncipe, y una majestad, el hombre. Maximiliano deberá la vida a Juárez."¹

No conviene terminar el relato de la vida de Zorrilla en Méjico y de su amistad con Maximiliano sin hacer mención, por breve que sea, de su obra *El drama del alma*.² La primera parte, la cual sirve de prólogo, lleva por título *Miramar*, y en ella expresa el autor su sentimiento por el fin trágico de Maximiliano y la locura de Carlota. También aquí se dirige en prosa a su amigo Pedro Antonio de Alarcón, a quien dedica el libro, exponiendo lo que como poeta y como hombre vió en Méjico y defendiendo al país y a Maximiliano.

Es en el libro segundo del poema donde Zorrilla revela más inspiración. Titulándolo *Maximiliano*, describe en él la entrada triunfal de los Emperadores; recuerda la triste historia del primer imperio en Méjico y pronostica la del nuevo con estas palabras:

¡Quién sabe si la raza mejicana
Que a su segundo emperador espera,
Su segunda corona va mañana
En la sangre a arrojar con la primera!

Con frases muy lisonjeras describe a los Emperadores; le sorprende el silencio del pueblo, pero lo explica por el instinto de aversión a un soberano sostenido por tropas extranjeras; alaba a la mujer mejicana porque Zorrilla, muy observador, se dió cuenta de que las aclamaciones no comenzaron hasta que

Una voz delicada y femenina
Hizo al pueblo estallar como una mina.

¹ De la carta de Víctor Hugo, citada por completo en *El Archiduque Maximiliano de Austria en Méjico* de Martín de las Torres.

² *El drama del alma. Algo sobre Méjico y Maximiliano (con notas en prosa y comentarios de un loco)* (Burgos, 1867).

En el tercer libro describe en estrofas magníficas la naturaleza mejicana y los lugares que rodean el castillo donde se hospedan Maximiliano y Carlota; recuerda la influencia española y deplora la actitud presente, antagónica a todo lo europeo; en lenguaje viril acusa a los diferentes elementos que bajo el manto de la política combaten al Emperador y le venden; culpa a Roma de intransigente y a Francia de traidora; en el drama que se va tejiendo la única alma noble es Maximiliano. Después en prosa describe a Alarcón la situación política de Méjico.

100